

## **Mi soñada primavera**

Fueron años que se recuerdan con fuerza y con cariño. Cuando las estaciones marcaban ritmos y frecuencias en las vidas, que han quedado indelebles en las mentes, que invitan al recuerdo sin cesar, de aquella encantadora infancia con su enorme carga de inocencia y con atisbos de ingenua maldad. Pubescente juventud, rebosando a borbotones la vida, en un, a veces, con demasiada frecuencia, confuso caminar.

Jamás se apartaron mis ideas, mis pensamientos, del viejo solar, que pervive fresco en mí y pugnan por salir a cada instante sin esperar turno.

Demasiado tiempo esperando el momento, sin saber por qué tan retrasado, para el reencuentro con una primavera pujante, esplendorosa, que ha llenado otra vez de vida lujuriente todos los rincones de una naturaleza que ya se nos antojaba demasiado agresiva. Acaso ha sido este el momento ideal para retomar la conciencia de lo que se ha ido perdiendo con esta ausencia tan prolongada.

Inmensos campos y pequeñas parcelas. Valles, vaguadas y lomas; llanuras sin horizonte, terrazas suspendidas en laderas domadas por las manos del rudo campesino; finos regueros de agua pura y cristalina, que denuncia su presencia bajo el tupido follaje que la abraza.

Montañas cercanas, crestas verdes, refulgentes en el amanecer, cuando la vida animal estalla desafiante, y en el ocaso placentero de atardeceres, cuando la tranquilidad y el sosiego imponen su ley. Y al fondo contemplar bañado por una tonificante llovizna, ese viejísimo bello ombligo de Las Tajadas, con las lomas de sus enormes peñascos relucientes por el agua chorreante, clochas y aljibes a rebosar, donde antaño saciaron su sed los abuelos que le dieron nombre, deleite de los sentidos, epicentro de este incomparable Rodeno, que nadie osará negar.

Hasta un nuevo día, que puede amanecer con niebla rota a jirones, que se desprende o eleva y destapa a la vista del espectador dichoso, la desnudez y belleza de virginales campos, ansiosos ya y prestos al sacrificio ritual y a la entrega.

Ha sido breve la estancia, no por deseos, sí por imposiciones, imperativo de un quehacer impertinente que se nos ha metido y no podemos salir sin él. Pero ha sido suficiente para rellenar un poco más los sentidos, refrescar memorias y aconteceres, hollar senderos y

caminos, palpar con las propias manos las cosas buenas de esta primavera. Aspirar, oler, la fragancia de una naturaleza rigurosa, que este año ha abierto sus poros, alumbrando con generosidad tanta belleza acumulada y que ya no podía aguantar.

He visto, he imaginado, sobre todo, a unos campesinos expectantes mirando al cielo, implorando al modo que ellos sólo saben hacerlo, para que no se malogre ese inmenso tesoro que ya empiezan a tocar con sus manos y hace días van acumulando en sus mentes con las más placenteras ilusiones. Que así sea.

Publicado en el Diario de Teruel, en diciembre de 1.998.